

Libróptica

# GOLPE DE LA VIDA

Relato

*Juan Ce del Amor*

GOLPE  
DE LA  
VIDA

Relato

*Juan Ce del Amor*

Álvarez Rodríguez, Juan Carlos.

Golpe de la vida. - 1ºed. - Buenos Aires: Libróptica, 2014.

31p.: il.; 14x18 cm.

1. Relato. I. Título

CDD 863

Registro de Propiedad Intelectual

Código N°: 0272-02-2014

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo del titular de los derechos de la propiedad intelectual.

Golpe de la vida

Juan Carlos Álvarez Rodríguez

1º Edición

Editorial Libróptica

[www.libroptica.com](http://www.libroptica.com)

[libroptica@gmail.com](mailto:libroptica@gmail.com)

Editado en Argentina

Junio 2014

Libróptica

# Índice

“Primera escena”	
Crepúsculo .....	5
“Segunda escena”	
Susana .....	6
“Tercera escena”	
La Iglesia.....	7
“Cuarta escena”	
El Cine .....	9
“Quinta escena”	
Rosaldo .....	11
“Sexta escena”	
Corazón .....	16
“Séptima escena”	
Margaret .....	19
“Octava escena”	
Él y Ella.....	22
“Novena escena”	
Chipton .....	25
“Décima escena”	
Despedida.....	27

## “Primera escena”

### Crepúsculo

Ella volvió a tocarse las manos, la ventana estaba muy fría, el grito de la noche centelleaba brusco e incesante. Penetraba en su corazón la imagen de aquel hombre que veía en sus sueños. Aseguraba desde su alma una tempestad que rompería sus besos como a una copa de cristal. El Sol la miraba y, desde sus rayos palpitaba el crepúsculo y la pena, sentía miedo, mordía sus labios, manifestaba tanta rabia y cuanto diluvio. Se amontonaba en sus mismas ideas para creer, que la brisa del silencio y el rumor la acompañarían.

El espejo extenso de su placer la acariciaba con cierta ternura. Sus sueños se reflejaban en un suspiro romántico y fugas, sus sueños eran claveles. En cada sitio de su pensamiento lo tocaba, sentía sus pasos, lo buscaba detrás de los árboles, de los instintos. A veces todo se convertía en capricho, pero su figura inolvidable era necesario encontrarla en el lugar más infinito. Imaginaba besarlo a los ojos y entregarse a sus inolvidables deseos.

## “Segunda escena”

### Susana

Eran las tres de la tarde cuando Susana se encontraba en su hogar acompañada de un lindo peluche que yacía junto a su almohada. Los padres habían viajado a los Estados Unidos y el tiempo que estarían allá era bastante largo. Se encontraba triste y solitaria. Pues con sus veinte años de edad no había conocido aun el amor.

En medio de la soledad soñaba con un hombre alto, de cejas negras y esbeltas, y ojos verdes como la esperanza. Lo veía cada noche sin saber que existía realmente. Con los ojos llenos de melancolía decidió salir a la calle a buscar eso que se llama primer amor. Había llorado tanto por sumergirse en el cariño, que las lagrimas cansadas de regarse por el suelo no pudieron soportar el intenso dolor. Presentía la llegada de un amor a su corazón, se preguntó de qué lugar, de que tinieblas... y se fue a caminar...

## “Tercera escena”

### La Iglesia

Al llegar a una pequeña iglesia rodeada de arbustos y mucha sombra, un extraño hombre le preguntó, señorita:

—¿Por qué tiene usted los ojos tristes?

Ella no supo responder y corrió a toda prisa sin que nadie más le mirara la cara, bajó el rostro y dos pequeñas lágrimas mojaron aquella pista solitaria. Estiraba sus huesos desde una palpitación desesperante y caminaba por la calle afligida por el ambiente de la soledad. Todo le costaba la vida y mataba la calma.

Corrió como queriendo ocultarse de toda una humanidad que la observaba y la torturaba desde las hojas más humildes de los árboles. A la vez que se reponía, intentaba sacrificarse, llegar a los brazos del hombre con quien soñó y estrecharle su corazón.

Susana era una joven apasionada, de cejas negras y anchas, de estatura fina y delicada, de brazos tiernos y sonrisa amable, de mirada firme y ojos azules como el cielo. Su corazón estaba reservado a los espíritus del cuerpo. Su alma como un bello cristal, reflejaba todos los

colores. No le faltaba nada, ella se amaba pero necesitaba amar a alguien.

Después de la pregunta que le hizo aquel hombre frente a la Iglesia, quedó muy desorientada, más triste que minutos antes. No sabía qué hacer, movía el abanico como queriendo apartar todo lo malo que le pudiera ocurrir. Su vestido no dejaba escapar ningún rayo de sol. Algunas nubes desde lo alto reflejaban su dolor. Observaba a las personas con tanta felicidad que olvidaba la suya.



## “Cuarta escena”

### El Cine

Cerca de un restaurante y frente a un edificio se hallaba un Cine, la pintura de aquel lugar había sido borrada por el aire y la vejez, su nombre prototipo había desaparecido. Susana suponía que en aquel lugar encontraría un poco de tranquilidad y que nadie más le preguntaría.

—¿Por qué tiene usted los ojos tristes?

Susana estaba casi muriendo de depresión. Al decidir entrar al cine uno de los custodios alumbró con su linterna el vestido azul que cubría su cuerpo. Sudaba con profunda ira y remordimiento.

—¿Dónde quiere usted ser ubicada? —Preguntó de prisa el custodio.

Susana respondió con las palabras temblando entre los labios

—Allí señor, allí.

—Entonces coja por ahí y cuide de no engancharse el vestido.

Susana eligió un asiento que la ubicaba justamente en el centro del cine, desde unas treinta filas hacia atrás. A su lado permanecía un hombre con la cabeza agacha, y desde que ella se sentó no ha hecho más que escuchar sin mirar la película. La película era un drama de amor, protagonizado por un actor norteamericano.

Aquella escena de dos personas que se amaban comenzó a despertar en Susana un sentimiento de desdicha, al ver que se besaban y hacían lo imposible por estar juntos. El romance entró en ella torturándola, con una melancolía que hacía estallar sus lágrimas. Se decía desde adentro, si aunque sea Dios amara mis lágrimas, pero quién.

## “Quinta escena”

Rosaldo

Le inquietaba aquel hombre que yacía a su lado sin mirar al frente, sin murmurar siquiera una sonrisa, una palabra. Le Preocupaba si sentía algún dolor, alguna pena. Acudió al individuo con una pregunta:

—Señor, ¿Está usted enfermo, se siente mal, llora por algún problema?

El joven callaba, pero instantes después dijo:

—No jovencita, pero gracias por la preocupación.

—La película es fascinante.

—Me tiene asustada —dijo Susana.

—Mi problema no tiene solución —respondió él.

—¿Cuál problema? —Preguntó Susana.

—El de la visión —respondió seguidamente el hombre.

El joven temblaba al ver que Susana era tan curiosa. Su bastón reposaba por el brazo izquierdo, ella por su lado derecho. Susana no se había fijado en su bastón, pues la oscuridad no lo permitía.

—¿Cuál es su nombre? —volvió a interrumpirlo Susana

—¡Para qué quiere saberlo!

Mi nombre no va a resolver nada, aunque para no dejarla en duda me llamo Rosaldo y mi padre cuando pequeño me decía Rosel. ¿Y a usted como le pusieron? Aseguro que un nombre muy bello.

—Algunas personas me llaman Susan, pero mi nombre completo es Susana.

—Si lo desea le llamaré Susan

—Lo deseo si queriendo así le llamo a usted Rosel.

Rosel pensó en un instante que Susan se burlaba de su discapacidad, pero de aquellas palabras que salían de sus labios no podía desconfiar. Susana continuó el diálogo.

—Déjeme mirarlo. Quiero ver sus ojos, deben ser como el arcoiris; y no se ponga usted triste cualquiera se pone así. ¿Cuál es su dolor? Dirá usted a esta mujer la verdad.

Como una luz la voz de Susan lo atravesó.

—Mi dolor es este —Respondió Rosel, levantando la cabeza que minutos antes guardaba entre sus piernas. Susan apreció en la oscuridad su firme cara sonrosada bañada por el optimismo, pero la cubría una melancolía irremediable. Dos señoras lágrimas de las tantas que habían caído se apoyaron en las manos de Susan. Ella quedó fría e incesante y sin poder hablar beso a Rosel en la mejilla izquierda. Menos de sesenta segundos transcurrieron cuando dijo.

—Está usted llorando, pero debe saber que las personas que sufren son los seres más valientes e invencibles, y a usted le pertenece el amor de todos, el amor de la vida. Habrá espacio donde su presencia se escuche, donde su alma camine bañando de flores los versos y las montañas. Yo lo acompañaré y cuidaré de usted, confíe en mí, déme al igual que yo su apoyo. Pero sigamos concentrados en la película, aunque sea muy doloroso para usted no verla. Observe al frente con su corazón, escúchela, imagine ese amor eterno desde aquí, desde mis labios. Ahora lo dejo en brazos del amor por un instante, concentre todas sus fuerzas en esa pasión.

—Es la primera persona que se ha preocupado por mí, mi alma no la ha robado nadie, pero a usted mi corazón le entrego —dijo Rosel

—¿Quién lo trajo hasta aquí? —preguntó Susan.

—Nadie, siempre salgo solo —respondió Rosel.

—Yo misma lo acompañaré —dijo Susan.

Susan se había apresurado demasiado, pero es lógico en una joven que necesitaba ser amada. No quiso perder la oportunidad por que reconocía que Rosel era como aquel hombre que había visto en sus sueños: alto y con las cejas esbeltas. Él la dejó completamente enloquecida, olvidó que era un pobre ciego y se metió tan profundamente dentro de su espíritu que ya nada podría matarla. La esperanza los estaba cubriendo con su manto de estrellas, ponía sobre ellos un tiempo infinito. El filme sonaba triste y desde sus entrañas se apreciaba un paisaje romántico, que influía sobre cada pared de aquel cine.

Las luces parpadeaban con un sonido sencillo, las mariposas que cubrían varias áreas de pinturas sonreían para enriquecer la belleza. La nostalgia alimentaba los latidos del pulso, parecían dos astros en el centro de la galaxia. La melodía gozaba triste, Susan observaba cada paisaje esférico del cine, Rosel solamente escuchaba. Solo faltaban tres minutos para que acabara el drama, el tumulto se encontraba frente a

ellos, agitándolos, gritándoles. Susan con temor que lastimaran a Rosel lo apresuró y le dijo:

—Camine delante, yo lo guiaré

—Como usted diga princesa —quedó obedeciendo Rosel.

## “Sexta escena”

### Corazón

Rosel había aceptado su confianza, por eso no dejó de hacer lo que ella le decía.

—¿Quién lo atiende Rosel? —volvió a preguntar Susan.

—¿Quién le da el cariño cuando le hace falta?

Estas dos preguntas sonaron como hundidas por un tiro en el pecho de Rosel, no podía ocultar la más mínima verdad, luego se apresuró a contestar haciendo un preámbulo de acontecimientos.

—La circunstancia es la misma suerte, la suerte es opaca y oscura, nos conviene si existe un afecto de gracia y ternura, no nos conviene cuando nos derrota, y por lo visto la suerte a mí me ha derrotado. Me atiende mi tía Margaret y me da cariño mi perro Chipton. Pero descuide de mí que yo sé cuidarme, me conozco todas las calles y no me traicionarán, porque siempre ando en la tierra como Dios anda en el cielo.



Luego prosiguió:

—Nadie tiene la culpa de nacer así, mi madre podría atenderme si estuviera viva, pero ella murió cuando yo nací. Cuídese usted ahora, camine tranquila, que yo iré por la misma trayectoria de todos los días. Los Golpes de la vida son como el viento, son tan fuertes que no dejan nada y nos roban lo poco que nos pertenece. Haga de esos golpes una cruz, para que se esfumen debajo de un abeto. Yo no encuentro con que pagarle el favor que me ha hecho, su voz llegó a mi oído como la mejor canción, recordaré su mirada para que nunca se apaguen sus ojos como se apagaron los míos.

Susana clavó los ojos en el horizonte, sentía que la primavera volvería a quemarle el alma. Sobre sus pies descansaba aquella calle solitaria, un fuego la sacudía desde una brisa que le golpeaba la espalda, su cuerpo se irguió entre las partículas de aire que la rodeaban, el tiempo seguía siendo su enemigo.

No demoró en contestarle:

—Haré de ti un hombre feliz si me dejas entregarte mi amor, iría contigo hasta el fin, hasta donde tu corazón me deje seguirte. Confía en mis sublimes manos llenas de cariño, juntos remolcaríamos todos los

dolores al abismo. Así podrás estar seguro que mi cuerpo estaría contigo una eternidad.

Parecían casi perdidos, Rosel movía su cabeza a un lado y al otro, como pensando qué decisión tomar; aun le quedaba algo de capricho en las venas. Susan intentaba demostrar el poder de su corazón. Eran fuego y ceniza, mar y cielo. El destino no compartía con ellos la felicidad y la distancia se prestaba para desempeñar su papel. Rosel disimuló un instante y orientó a Susana hacia su casa.

—Por allí, al doblar la otra cuadra se encuentra mi casa.

—¡Que impresionante! —exclamó Susan

—Te conoces estas calles sin apenas tocar tu bastón sobre ellas.

Doblando a la derecha el crujido de un perro se acercó hasta ellos.

—Es Chipton, mi perro —dijo Rosel.

—Es un perro muy educado, te respira a mil leguas —dijo Susan.

## “Séptima escena”

### Margaret

Un poco más allá, a unos cincuenta metros, se percibía una casa azul, con las persianas gastadas. En la puerta yacía una mujer delgada, alta y cruda, era la tía de Rosaldo. Margaret cuidaba a Rosel desde niño, era más fría que el hielo, no hacía más que maltratarlo y quejarse de hacerle las cosas. Cuando Margaret estuvo frente a Susan, le preguntó:

—¿Quién es usted señorita?

—Mi nombre es Susana, encantada de conocerla.

—¡Entre a Rosel que debe estar muy cansado, ahora le hace compañía sin saber su intención!

—Mis intenciones son sanas —respondió Susan.

—Nadie tiene el derecho de agredirme así, nosotros nos conocimos en el teatro y allí marcamos nuestra dignidad.

Los ojos de Margaret se clavaron en los de Susan con tremendo odio, deseaba ser un dardo para herirle el rostro. Susan se mantuvo firme cada instante sin perder de vista a aquella bruja.

—Acabe de entrar ya al pobre hombre, que no sabe más que causar problemas —dijo Margaret tomando varios colores.

—Él no ha causado ningún problema —dijo Susan

—Es un ángel, ya veo que el único problema que hay aquí es usted.

Rosel presentía esta discusión y por esta razón no quería que Susan lo acompañara. Muy aturdido intervino.

—¡Basta tía, esta joven se preocupa por mi salud, pone su fe en mí y usted con su rabia la insulta. Susan me estima de verdad, no como usted que vive de intereses. Por aquí todos conocen que me cuida por motivos de dinero, pero no por voluntad. No quiero escuchar otro maltrato sobre Susan, si lo hace no volveré a poner los pies en esta casa. Ahora entre a otro lugar que no sea este en que estamos Susan y yo!

Margaret refunfuñaba y aleteaba como un pez, de sus labios escaparon otras palabras.

—De ahora en adelante seremos independientes, vamos a ver quién te cuidará y te lavará los calzoncillos mugrientos, pues ya me cansé de hacerlo; y tú eres un pobre ciego que no mereces nada, ni el agua que cae a tu estómago.

—Márchese ya tía, antes de que renuncie a su amor familiar — dijo Rosel.

Algo pasaba por la mente de Susan, presentía que tendría que soportar mucho más sufrimiento. Rosel entró en ella a primera vista y no quería perderlo. Volvieron las primeras Imágenes del hombre que veía en sus sueños. El perro se encontraba ladrando y no se calló hasta que Susan dijo:

—¡Ven a mí divino Chipton.

Chipton era un perro obediente, cuidaba a su dueño y lo velaba desde por la mañana hasta la hora de acostarse. Rosel tenía su mano izquierda detrás de la espalda, en ella sostenía un ramo de rosas y cuando Susan gritó un sollozo, él la sorprendió girando la mano hacia el frente. Susan se conmovió tanto al ver el ramo de rosas que se prendió de él con un fuerte abrazo.

—Recibe este ramo de rosas en nombre de este encuentro, y del amor que nos tenemos el uno al otro —dijo Rosel apasionado.

—Robaré el crucifijo del amor y lo pondré en tu corazón en nombre de la libertad —exclamó Susan inspirada.

## “Octava escena”

### Él y Ella

Susan entraba cada segundo en el alma de Rosel, pero la circunstancia bailaba con su fino traje. Margaret no soportaba la mirada de Susana, ni Chipton soportaba la risa de esa señora malcriada.

—Como no regalarte la luna, el sol, las estrellas; pero puedo regalarte mi amor —dijo Susan muy emocionada.

—No te pido que hagas descender los astros del cielo, solo te pido la sinceridad de tu alma —dijo Rosel segundos después.

Él y Ella se diluyeron en un diálogo romántico:

—Eso lo conquistaste desde que miré tus ojos por primera vez. Te amo aunque no lo veas, aunque no lo creas, amarte es el tesoro que descubrí —Acentuó Susan.

Estaban rodeados por un ambiente fresco, como dos frutos, el perro no hacía más que mirarlos y mover la cabeza. Ella se acercó a su amado y lo besó en la mejilla, Rosel enrojeció como un tomate, no sabía que responder, Susan se aproximó más y acarició sus manos, Chipton

parecía despedirse y se alejó, Margaret se fue a dar una vuelta por la vecindad.

—Te adoro, cuerpo de mi cuerpo, luz de mi luz —gritó Susan.

—También yo —dijo Rosel.

La atmósfera se tornó romántica, la chica no pudo soportar lo que sentía, esta vez se acercó a sus labios con gran intensidad y lo besó largamente; él con mucha pena la tomó en serio y se entregó a su dulce pasión. Ambos se estrecharon y acariciaron, parecían dos animalitos escondiéndose. Unos instantes después la puerta se abrió, y de repente apareció Margaret con el rostro aun más radiante, los vio y les dijo:

—Lo único que falta es que esta chica impertinente se venga a dar la lengua contigo, mira que tú no tienes con que pagarle sus favores. Que se acabe de marchar de una vez, antes de que la eche con la escoba.

—Oiga tía, usted me cansó, hasta aquí soporto su mala forma, me voy a cualquier lugar, un río, una playa, una cueva; en fin a donde pueda tener paz.

Susan intervino calmada:

—Escucha mi amor, no sigas aquí con esta infelicidad, marchémonos juntos y dejemos a esta bruja insolente morirse sola, ella no te merece. Su preocupación es solo el dinero, no siente el más mínimo afecto. Marchémonos con Chipton a mi casa, estoy sola, mis padres viajaron al extranjero y necesito tenerte a mi lado.

—No, mi amor, no puedo convertirme en tu problema, no puedo entrar a tu casa así por así, que dirán tus vecinos, como te mirarán después que yo esté allí. Dirán cosas feas, se casó con un ciego con tantos hombres que hay por ahí, tiene que estar loca. Yo te amo y precisamente por eso no iré.

—Rosel, Rosel —decía Susan con mucha tristeza,

—Yo te cuidaré y haré de ti un hombre feliz, nadie es como tú y no me importan los vecinos. En el tiempo que llevo sola nadie se ha acercado a mi casa ni ha preguntado cómo me siento. Ni siquiera los familiares míos han venido a verme, ni una carta ha tocado a mi puerta.



## “Novena escena”

### Chipton

Todo estaba tenso, las paredes los miraba, la luz que entraba por una persiana formaba un ángulo con ellos y daba en la cara de Margaret. El perro observaba a Margaret como queriendo comérsela, le ladraba dándole a entender alguna frase, Chipton sabía que su dueño estaba sufriendo mucho por causa de su tía. El perro montó en rabia y la agarró por el tobillo izquierdo, sacudiendo hacia uno y otro lado. Le causó una herida profunda, y enseguida Margaret entró en fiebre. Rosel atrapó a Chipton con su bastón y lo apartó. Susan miró aquello como una defensa a su novio.

—¡Ese perro pudo darse cuenta de la maldad de esta mujer! — curémosla dijo Susan.

Margaret se tiró en el sofá, sin decir palabra alguna, lloraba como un niño. Minutos después dijo:

—No te vayas Rosel, tú no conoces bien a esa mujer, yo he pasado toda mi vida aquí en esta casa, te vi nacer. Te lo pido no me dejes sola, qué será de mí.

Ella sabía que hasta el perro se iría y no le pasarían ni un centavo.

—Usted puede quedarse con el dinero que le dan por cuidar a Rosel —dijo Susan muy seria,

—Yo recibo suficiente para vivir felices los dos. En mi casa tendrá libertad que es lo que le hace falta.

Le vendaron el tobillo a Margaret, y se le pasó la fiebre, Chipton dormía después de haber desahogado la rabia con la tía de Rosel. Rosaldo sentía que no podía dejar su casa, su amor por Susana era verdadero, pero prefería recordarla desde el lugar que nació. Por mucho que Susan insistió no pudo convencerlo, al final acordaron escribirse por su fiel amor y así dormir cada noche pensando uno en el otro. Margaret preparaba sus fuerzas para vengarse de Chipton.

## “Décima escena”

### Despedida

La soledad llegó nuevamente como un abanico. A Susan y a Rosel, no les quedó más alternativa que enfrentar la realidad que se aproximaba. Mucho habían sufrido, pero el destino no pretendía unirlos para toda la vida. La circunstancia estaba presta a cruzarse de brazos.

—Amor mío, solo te pido que me ames como yo te amo, no dejaré de escribirte, siempre estaré contigo en tus grandes sueños, ya sé que es inútil continuar suplicándote. Sabes que haría cualquier cosa por ti, pero tú lo quisiste así, de todas formas te espero, amor siempre te espero.

Ella continuó inspirada en su desconsuelo:

—Si algún día quieres estar conmigo sabes dónde encontrarme, viviré con tu recuerdo abrazado a mi almohada. Bésame ahora con toda tus fuerzas, no dejaré de acariciar mi peluche cuando ya no estés. Esta tarde salí a encontrar el amor, y en mi corazón presentía que alguien así como tú llenaría mi alma.

Él consumía sus manos dentro de las de ella:

—No te olvidaré, tus cartas llegarán como flores, sentirás el perfume de mi cuerpo rodear tu casa, pero este amor es prohibido, no mereces tener a un hombre como yo que no pueda ayudarte en nada. Aunque el destino no lo quiera, tengo que encontrar a alguien semejante a mí, que tampoco puede verme y así arrastrar con el misma pena. Tú eres bella y tierna, no dejaré que por amor te vuelvas esclava de un hombre como yo. No podremos seguir juntos, sigue tu vida de princesa que algún día encontrarás a tu príncipe.

Susan mordía sus labios, mientras su mirada se perdía en el silencio. Luego prosiguió su discurso:

—Yo te amo y no me importa tu defecto físico, naciste con ese problema. Puede que encuentres a una como tú, pero a ella le va hacer falta que alguien pueda ayudarla. Aunque renuncies a mi amor yo estaré al tanto del tuyo.

—Adiós Susana —dijo Rosel con mucha tristeza.

—Adiós Rosaldo —respondió Susan con agonía.

Se separaron un metro, no pudieron alejarse más, surgió en ellos un sentimiento de dolor y no pasó un minuto cuando sus cuerpos

volvieron a encontrarse. Se besaron sin importarles el mundo alrededor, aquella tarde pasó lenta y acabó con la lluvia. Margaret miraba con odio y no pudo frenar sus palabras.

—Ya basta sobrino, sepárense de una vez. Bien sabe ella que no puede hacerlo feliz, pues tienes que encontrar a alguien semejante.

Ellos no respondieron nada, sus ojos coincidían en línea recta, aunque Rosel no dejó de seguirla con el pensamiento. Chipton se acostó sobre el pie de Susana emitiendo un sonido de tristeza. La distancia entre ellos fue aumentando, los cuadros que se reflejaban perdieron el brillo. Susan corrió de repente con su cabeza agacha, miró para atrás y dijo:

—Rosel, te amo con todas mis fuerzas, creo que moriré de amor por ti.

—Chipton, corre, acompaña-la, regresa cuando llegues a su casa.

A Rosel le rodaron varias lágrimas por la mejilla, sus verdes ojos cambiaron de color, fue fuerte en una situación en la que perdió su felicidad. Susan se había marchado como el humo de un cigarro, pero no fue culpable de romper las cadenas que lo ataban a él.

Pasaron algunos años y Rosel no se volvió a enamorar, su tía murió y solo lo acompañaba su perro chipton. Susana siguió en su hogar abrazada a su bello peluche, mirando el sol por la ventana. Aquellas tardes de amor siempre culminaban haciendo una carta. Escribió tanto a su amado que Rosel murió antes de recibir sus últimas letras. Así termina esta historia de amor entre un hombre y una mujer, que por más que quisieron el destino no volvió a juntar.

Susana, una joven de veinte años de edad, romántica y fantasiosa, nace en una lujosa casa, sus padres viajan al extranjero y solo la acompaña un pequeño peluche. Afligida por la soledad sale un día desesperada para encontrar el amor de un hombre que conoció en sus sueños. La vida le ofrece la posibilidad de enamorarse de Rosel, un discapacitado que vive con una malvada tía y un lindo perro llamado Chipton. En todo el Relato se desarrolla una trama cargada de pasión entre estas dos personas, pero el destino le tiene reservado un triste final, justo en el momento que más ilusionados estaban...